

INTRODUCCIÓN

por el jefe Arvol Looking Horse

Sébase que Leonard Peltier es hijo de nuestros bisabuelos, guerrero espiritual de las naciones lakota, dakota y nakota, y comparte el espíritu de los antepasados que, como Crazy Horse y Sitting Bull, lucharon por los derechos de nuestro Pueblo*. Es un hombre que ha visto los dolores y sufrimientos de nuestras abuelas, mujeres e hijos. Como participante en la Danza del Sol, sacrificó su vida por el Pueblo en busca de justicia para todos nuestros parientes. Se ofreció a Wakan Tanka para que el Pueblo pudiera tener de nuevo paz y felicidad.

Yo, el jefe Arvol Looking Horse, custodio de la Sagrada Pipa de Becerro de Búfalo Blanco en décimonona generación, pido que Leonard Peltier reciba las bendiciones del Gran Espíritu, para que sus palabras queden grabadas en las mentes y los corazones de todos. Pido que sus oraciones sean escuchadas para que pueda disfrutar la libertad que buscaba para el Pueblo y para que las heridas de su alma sanen. Y pido a aquellos que siguen infligiéndole tales dolores y sufrimientos que vean el error de sus actos. Trabajemos juntos para restaurar la justicia a fin de que el Aro de Nuestra Nación se arregle y nuestros hijos vean mejores días.

En nombre de todo O'yate, pido a Tunkashila que Leonard Peltier sea excarcelado para que disfrute de nuevo su libertad. Acudo a cada uno de ustedes individual y personalmente para que, con cada inhalación, no cesen en sus esfuerzos por liberar a Leonard Peltier. ¡Devuélvannoslo!

Yo, Horse Man, pronuncio estas palabras desde mi corazón, desde Paha Sapa, el corazón de todo lo que existe... orando por la devolución de nuestras tierras sagradas que también han sufrido en manos de nuestros opresores.

* Pueblo: Referido al Pueblo Original (aborígenes).

La paz sea con todos ustedes.

Mitakuye Oyasín... Todos mis parientes

Jefe Arvol Looking Horse

Custodio de la Sagrada Pipa del Becerro de Búfalo Blanco

Décimonona Generación

Plegaria

*Abuelo,
Misterioso Uno,
te buscamos a lo largo
de este Gran Camino Rojo donde nos pusiste.
Padre Cielo,
Tunkashila,
te damos gracias por este mundo.
Te damos gracias por nuestra existencia.
Solo pedimos tu bendición
y tu enseñanza.
Abuelo,
Sagrado Uno,
coloca nuestros pies en el sendero sacro
que conduce hacia ti,
y danos la fuerza y la voluntad
para guiarnos y guiar a nuestros hijos
más allá de la oscuridad en que hemos entrado.
Enséñanos a curarnos,
a curar a cada cual
y a curar el mundo.
Empecemos este mismo día,
esta misma hora,
la Gran Cura que vendrá.*

PREFACIO

*de Ramsey Clark,
abogado de Leonard Peltier
y ex fiscal general de los Estados Unidos*

Quiero explicarles por qué es tan importante la libertad de Leonard Peltier.

En el planeta hay bastante más de 200 millones de indígenas, quizás hasta 300 millones. Viven en seis continentes y en incontables islas. Y en todas partes son la especie humana en mayor amenaza de extinción. Sin embargo, *la supervivencia de la humanidad depende de su salvación.*

Leonard Peltier es el símbolo de esa lucha. Me aflige, entristece e indigna que tantos estadounidenses hayan olvidado, o quizás no sabido nunca, quién es y qué representa. Si lo olvidamos, olvidamos la lucha en sí. Curiosamente, es más conocido fuera del país —en Europa, en el Canadá, en América del Sur, en Asia y África— que aquí. Personas progresistas de todo el mundo ven en él la lucha de todos los pueblos autóctonos por su vida, su dignidad, su soberanía y su futuro. Y se preguntan: ¿cómo puede este hombre haber estado tanto tiempo en la cárcel cuando quienes lo retienen conocen de su inocencia? Aquí, en los Estados Unidos, su voz y el apremiante mensaje de los pueblos indígenas de todas partes han sido apagados cuando no silenciados. Quienes lo pusieron entre barrotes —e insisten en mantenerlo allí después de casi un cuarto de siglo— creen haberlo enviado al basurero de la historia, junto con la causa de todos los pueblos indígenas. No debemos permitir que esto continúe.

Pienso que puedo explicar mas allá de toda duda fundada que Leonard Peltier no ha cometido delito alguno. Incluso de haber sido culpable de disparar el arma que mató a dos agentes del FBI —y es seguro que no lo hizo— habría sido en defensa propia y en defensa no solo de su pueblo, sino del derecho de todas las personas y pueblos de ser libres de la dominación y la explotación. Ni un solo testigo creíble

dijo haber visto a Leonard apuntar a alguien en aquel trágico día de junio de 1975 en Oglala, en la Reserva de Pine Ridge en Dakota del Sur. No hubo prueba alguna de que matara a alguien, salvo pruebas inventadas y puramente circunstanciales.

Entre las muchas, muchas cosas que se ocultaron en este juicio alarmantemente injusto —un juicio que deshonró, y continúa deshonrando, el sistema judicial estadounidense— está la desconcertante violencia que se produjo en la Reserva de Pine Ridge y que condujo directamente a los sucesos de aquel día. Esa violencia, dirigida contra el pueblo tradicional de la reserva, había provocado antes la tragedia conexas y mejor conocida que giró en torno a la ocupación y cerco, en 1973, de la cercana Wounded Knee. Y esa violencia aumentó enormemente en los dos años comprendidos entre 1973 y 1975.

En el momento que se produjeron los sucesos de Wounded Knee en 1973, había pocos agentes del FBI en todo el estado de Dakota del Sur, y muchas veces solo uno. Pero en 1975, había sesenta y se les desplegó en forma aplastante contra una pequeña población india. Durante aquellos dos años, más de sesenta indios de la Reserva de Pine Ridge —y hay quien dice que fueron trescientos— habían muerto de modo violento e inexplicable, en su inmensa mayoría como resultado de la actividad instigada por nuestro gobierno federal. Y de esto hay pocas dudas.

Con complicidad oficial, se brindó armas, entrenamiento y motivación a un grupo paramilitar de delincuentes que orgullosamente se dio el nombre de GOON (Guardianes de la Nación Oglala), a fin de crear una ola de violencia, que todavía se recuerda como el “reinado del terror”, contra los indios tradicionales y sus partidarios, incluido el Movimiento Indio Americano (AIM). Solo en marzo de 1975 fueron asesinados siete indios y sus muertes apenas fueron investigadas a pesar de la presencia de un ejército de agentes del FBI y otros agentes del orden federales, estatales y tribales. Debido a ello, los Ancianos del pueblo lakota (sioux) pidieron al Movimiento, como habían hecho dos años atrás en Wounded Knee, que enviara a algunas personas que los protegieran. Y yo digo: gracias a Dios que el Movimiento lo hizo.

Un pequeño grupo de miembros valientes y entregados del Movimiento —menos de diecisiete personas y sólo seis de ellas hombres, entre ellos Leonard Peltier— llegó a proteger a los *indios tradicionales* de la violencia consentida e iniciada secreta e ilegalmente por nuestro gobierno. Esos miembros del Movimiento, a los que se unieron los tradicionales del lugar, armaron una ciudad de tiendas de campaña, a la que llamaron “campamento espiritual”, en los lejanos

terrenos propiedad de Harry y Celia Jumping Bull en Pine Ridge, dos ancianos que temían desesperadamente por la vida de sus seres queridos debido a las constantes amenazas de los GOON.

Debemos recordar que aquella fue una época de paranoia oficial contra todos los grupos disidentes que quedaban cuando la guerra de Vietnam tocaba a su fin. Todo esto guardaba relación. No debemos olvidar nunca las desgarradoras palabras de Martin Luther King Jr. en 1967 cuando se pronunció en contra de la guerra en Vietnam y declaró: “El mayor proveedor de violencia en el mundo es mi propio gobierno”.

No cabe la menor duda de que nuestro gobierno estaba generando violencia en aquella época contra los indios tradicionales de Pine Ridge como forma de control y dominio, algunos creen que actuando en nombre de intereses energéticos que pretendían sustraer las vastas riquezas minerales sin explotar de la Reserva, en especial el uranio.

Ahora sabemos, por documentos dados a conocer en los años noventa con arreglo a la Ley de Libertad de Información, que el FBI tenía gente en el lugar por lo menos veinte minutos antes de que los dos carros que precipitaron el “incidente de Oglala” irrumpieran en el complejo de Jumping Bull. El gobierno se había estado preparando para una acción importante.

Durante el juicio a Leonard Peltier celebrado en Fargo, Dakota del Norte, en 1977, se excluyó gran parte de las pruebas esenciales sobre los antecedentes del caso. La mayor exclusión fue la de toda esta violencia instigada oficialmente, que había dado origen a la tragedia y conducido a la muerte de sus propios agentes.

¿Por qué estaban allí aquellos hombres del Movimiento? ¿Por qué estaba allí Leonard Peltier? ¿Estaba allí para proteger al pueblo, a su propio pueblo, que estaba siendo asesinado! Si eso es un delito, ¿dónde estamos?

Pero los delitos del gobierno no terminaron allí. El gobierno indujo a todo nuestro sistema de justicia a cometer perjurio al intimidar a una testigo, a una mujer india pobre e ignorante, para que declarara que era la novia de Leonard Peltier y lo había *visto* matar a los agentes... y luego se valió de ese testimonio para extraditar a Leonard del Canadá, a donde había huido precisamente por temor a la clase de justicia irregular y arbitraria que iba a recibir en los tribunales estadounidenses.

Como bien sabía el FBI, esa mujer ni siquiera estaba allí, no conocía o había visto siquiera a Leonard Peltier, ¡y el gobierno lo sabía! Todavía me asombra cómo hablan de esa mujer y la culpan por no

haber dicho la verdad. Porque, mucho después que todo había terminado, admitieron libremente que “no había un destello, ni una chispa de prueba” —esas son las palabras que usaron— de que la mujer fuera testigo de algo. Admitieron que ni siquiera estaba allí. ¿Es acaso creíble que se presentara a ofrecer tres declaraciones juradas de modo voluntario? ¿Qué soportó esa pobre mujer a manos de sus interrogadores? ¿Qué tipo de abuso? La misma clase de abuso y manipulación que se perpetraba contra toda la población tradicional de Pine Ridge... y por nuestros propios agentes oficiales. Piénsese cómo la trataron para obligarla a brindar un testimonio totalmente falso y valerse de ella para atrapar a Leonard Peltier y traerlo de regreso. ¡Qué acción tan vergonzosa y criminal! Mientras todo esto permanezca sin impugnación y castigo, *todos* nosotros, cada ciudadano de esta gran nación nuestra, estamos sujetos a la misma clase de injusticia manifiesta y arrogante.

Los demás encubrimientos de los que se valió el gobierno para encarcelar a Peltier son increíbles. El laboratorio del FBI, como sin dudas habrán conocido, ha sido objeto de toda una serie de informes recientes que lo condenan por inventar y falsificar pruebas y por incompetencia en su evaluación. Aun así, la naturaleza atenuante de la única prueba en contra de Leonard Peltier es tan absurda que, de ser el laboratorio competente u honesto, la supuesta prueba carecería de valor alguno. El gobierno, al procesar a Leonard en forma fraudulenta, encubrió informes de laboratorio en que se decía que este no podía relacionar la única bala —ni siquiera era una bala, sino un casquillo, un casquillo usado—, con lo que recibió el nombre de “Wichita AR-15”, la supuesta “arma asesina”. Inclusive, el FBI dijo relacionar el casquillo de bala AR-15 —que se sospechaba prueba inventada— con ese AR-15, aun cuando su propio laboratorio decía que no se correspondían, y ocultó ilegalmente la prueba en contra a todo lo largo del juicio a Leonard en Fargo. Incluso de haber podido hacerlos corresponder, no hubieran podido poner el arma en manos de Leonard Peltier y mucho menos demostrar que se trataba del “arma asesina”. Leonard no estaba a mil quinientas millas del lugar donde, semanas después del tiroteo de Oglala, se encontró el arma cerca de Wichita, Kansas. En primer lugar, ¿cómo pasó este a ser su rifle? Bueno, para eso tenían un plan. El gobierno afirmó que los indios solo tenían un AR-15 en la Reserva, pero eso era totalmente falso, como ellos bien sabían. Y los tribunales después confirmaron, sin asomo de dudas, que allí había varios AR-15 y también M-16, que disparan cartuchos

calibre 223, el mismo tipo de cartucho de alta velocidad que presuntamente mató a los agentes del FBI.

En el juicio seguido a Leonard, los acusadores oficiales reconstruyeron una escena de la cual no tenían prueba alguna, una escena imaginaria en que un agente, que supuestamente había sido herido a distancia, se cubría el rostro con la mano, suplicaba que no lo mataran y Leonard Peltier le disparaba y lo mataba, después se volvía y disparaba y mataba al otro agente, ambos a quemarropa. El único problema es que no había prueba alguna de ello; ningún testigo declaró algo parecido. Hasta se intimidó al jurado para que creyera esta historia totalmente falsa.

Luego, en 1985, después que Leonard había cumplido diez años de cárcel, uno de los acusadores del gobierno admitió sinceramente: “No sabíamos quién les disparó a los agentes”. Eso dijo: “No sabíamos quién les disparó a los agentes”. ¡Han pasado más de otros diez años y Leonard Peltier sigue aún en presidio! Está allí, declarado culpable de dos cargos de asesinato y cumpliendo dos cadenas perpetuas... ¡por un delito que el gobierno *sabe* que no pudo demostrar que hubiera cometido! Al encarcelar a Leonard Peltier, quienes lo mantienen apartado de su pueblo continúan la deshonrosa y antigua política oficial de dominación y opresión contra los pueblos indios. Leonard Peltier es el mejor símbolo de esa dominación y opresión sostenida. ¿Es extraño que se le considere “preso político”?

De modo que incluso después que el gobierno admitió no haber demostrado quién había matado a los agentes, en lugar de hacer que se liberara a Leonard y abrir así la puerta a una investigación sobre sus propias fechorías, pasó a un argumento nuevo e igualmente fraudulento, con el propósito de mantenerlo en la cárcel: lo acusó de “complicidad” con quien supuestamente mató a los agentes. El jurado le había impuesto doble cadena perpetua porque creyó la historia inventada por el fiscal de que Leonard había asesinado a sangre fría y a quemarropa a los agentes heridos, no por un cargo de “complicidad” que pudo aplicarse igualmente a veintenas de indios aquel día. Nunca lo hubiera sentenciado al doble de su vida natural solo por haber estado en la escena de los hechos, como muchos otros, tratando de defender a sus ancianos, mujeres e hijos contra la ilegal y errónea invasión del gobierno a los terrenos propiedad de Jumping Bull.

En realidad el gobierno no tiene que decirnos quién mató a los agentes. Los documentos revelan que los funcionarios no saben quién les disparó y no quieren que nadie más lo sepa. Desean desesperada-

mente hacer creer al mundo que Leonard Peltier es culpable porque en ello está en juego su reputación.

El presidente de los Estados Unidos, en nombre de la justicia, puede conmutar esa condena en el momento que lo desee. Tiene poder completo y absoluto para ello con arreglo a la Constitución. Debemos exigir que lo haga y exigir que sea este año, hoy mismo. Todos y cada uno de nosotros debemos alzar nuestras voces en un coro de millones, de decenas de millones.

Hasta que esto se produzca, cada día es un nuevo crimen, cada amanecer es un nuevo crimen, cada crepúsculo es un nuevo crimen contra la dignidad de los pueblos indios y el honor de los Estados Unidos de América. Porque mientras Leonard Peltier esté en la cárcel, todos nosotros lo estamos.

PRÓLOGO DEL AUTOR

La inocencia es la defensa más débil. La inocencia tiene una sola voz que sólo puede repetir una y otra vez: “Yo no lo hice”. La culpa tiene mil voces, todas ellas mentirosas.

He defendido mi inocencia desde hace tanto tiempo, en tantos tribunales de justicia, en tantas declaraciones públicas emitidas por el Comité de Defensa de Leonard Peltier, que no hablaré de eso aquí. Tampoco voy a hablar en estas páginas de los detalles aparentemente infinitos de mi “caso”. Eso lo ha hecho magistralmente Pieter Mathiessen en más de seiscientas páginas minuciosamente pormenorizadas en su libro *In the Spirit of Crazy Horse: The Story of Leonard Peltier and the FBI's War on the American Indian Movement*. Me agrada poder decir que ese valiente libro está de nuevo en librería, después que procesos finalmente sobreseídos obligaron a retirarlo de los mostradores durante unos ocho años. La nueva edición de 1991 de Viking/Penguin explica la historia de estos procesos. Tampoco me extenderé en ellos aquí, pero sí lamento que mantuvieran el libro alejado de la vista y la conciencia del público precisamente en un período crítico de mis apelaciones posteriores al juicio. Supongo que esa fue la intención.

En los últimos veinte años, he emitido literalmente millares de declaraciones a mis partidarios, muchos de ellas en *Spirit of Crazy Horse*, la publicación bimensual del Comité de Defensa de Leonard Peltier. Me enorgullece que esa publicación alternativa se haya convertido en instrumento de justicia no solo para mí, sino también para otras muchas personas injustamente encarceladas.

De inicio pensé en reimprimir simplemente una selección de mis primeras declaraciones para conformar este libro. Pero, al releerlas, comprendí que la mayoría guardaba relación con las circunstancias

particulares de mi caso en aquel momento y eran tan puntuales que hoy día su pertinencia sería incierta.

En lugar de simplemente editar y reimprimir mis primeros escritos, he pedido ayuda a mi amigo y partidario de tantos años Harvey Arden, coautor de *Wisdomkeepers: Meetings with Native American Spiritual Elders*, en la exigente tarea de dar unidad al amplio espectro de mis pensamientos y escritos. Aunque encontrarán aquí algunas frases, e incluso unos pocos párrafos, extraídos de mis anteriores declaraciones públicas a mis partidarios, la mayor parte de este libro es nueva, enteramente repensada y reelaborada.

Agradezco inmensamente a Harvey su paciente ayuda editorial en este proceso que tan difícil suele ser. Ha insistido en que incluya no solo mis pensamientos públicos y políticos y apuntes fragmentarios para una autobiografía que pretendo escribir algún día —lo que pensaba yo que bastaba— sino que me ha empujado a explorar algunos de mis sentimientos y experiencias interiores más privados, incluidos recortes de un cuaderno de hojas sueltas, un montón completamente desorganizado de garabatos en forma de diario que he arrancado del libro de mi vida cotidiana aquí en Leavenworth. Han sido escritas durante meses, incluso años, y se han mezclado aquí con mis memorias y otros pensamientos.

Lo que sigue en estas páginas, pues, es mi propio testimonio personal en la mejor forma que he podido asentarlas dadas las circunstancias. Dispersas entre esas entradas de diario, pensamientos del alma, reflexiones políticas y recuerdos personales, hay pepitas de oro en forma de poemas, pero en realidad no las veo como poemas; son flechas de significado, y espero que de sanación, de mi corazón al de ustedes. Espero que den en el blanco. Muchos fueron escritos en recortes de papel en la eterna media luz de mis noches de presidio, y aparecen aquí por primera vez. Pienso que algunos siguen guardando pertinencia y lanzan unos pocos rayos de luz a las sombras que me rodean y envuelven. Cada uno de ellos se adueñó de mi mente —y de mi corazón— en algún momento crucial. En verdad, para un hombre que está en la cárcel por un delito que no cometió, cada momento es crucial.

Siguen apareciendo libros y artículos relacionados con mi caso, así como filmes, el más conocido de los cuales es el documental de Robert Redford y Michael Apted *Incident at Oglala*. Hay también un largometraje en producción. Puedo decirles, como hombre que ha

pasado gran parte de su vida en un agujero de piedra y acero, que agradezco inmensamente y me asombra por completo esa atención de un mundo exterior que con la mayor frecuencia olvida a quienes nos encontramos entre estas paredes.

Para todos los que estamos encerrados aquí no hay nada más importante que ser recordados.

Leonard Peltier
Septiembre de 1998
Cárcel de Leavenworth

